

CATARROS

Estamos en pleno reinado de la tós.

Por lo tanto, podemos considerarnos los seres más apocados del mundo.

El más valiente no se atreverá a decir que no le tose nadie, porque se encontrará en el acto con que le aturdirá los oídos un monumental coro de toses *de ambos sexos* y en todos los tonos de la escala catarral.

Ya lo ha dicho un periódico: *la peluda manta ilocana se impone.*

Lo que es, que pasa con ella lo que con todas las imposiciones.

Que, por lo mismo que lo son, molestan.

Todos los años sucede lo mismo.

En cuanto vienen los *nortes*, esos representantes del invierno filipino, se les hace igual recíbitimo que a un sujeto a quien se sufre, pero no se quiere.

Ya que no puede hacerse otra cosa, se le tose, sin duda con intención de molestarles con esta falta de cortesía.

Pero los *nortes*, como si no: recorren calles y plazas, se cuelan en las casas con descaro inaudito, sin que valga cerrar en sus narices puertas ni ventanas, pues hasta por las rendijas se meten sin que haya obstáculo que se oponga a su invasión.

Traidores como ellos solos, tienen siempre la oportunidad de sorprendernos, prefiriendo el momento en que nos hallamos dormidos.

Hay quien dice que no, que vienen *con buen fin*, que su objeto es descargar un poco esta pesada atmósfera que nos anonada y que, entre derretirnos sobre el petate, efecto de una elevada temperatura, o removernos entre tiritones, es mejor esto último, porque el frío se quita con abrigos, mientras que el calor, ni aún quedándose de riguroso cuero cabe el desterrarlo.

Será todo lo que se quiera; pero el caso práctico es y puede verse y comprobarse todos los

días, y en todas partes, que la población en masa anda como presa de acerbo dolor, con el pañuelo en los manos, la voz *tomada* y los ojos llorosos.

Estas manifestaciones, dígame lo que se quiera, no son de alegría ni mucho menos; así que pocos serán los que se equivoquen al asegurar, cuando vean una cara afligida, que esta lo es irremisiblemente por una de dos causas: o pena o catarro.

Y como el catarro no es de lo más alegre ni divertido que se conozca, bien puede ser incluido en el capítulo de las penas, o, buscando circunstancias atenuantes, en el de los disgustos, y, en último extremo, para llegar al límite de las concesiones, en el de los sinsabores.

Lo cual es una verdad como una casa, porque, ¡cualquiera saborea nada con catarro...!

Dícese como cosa muy corriente, que cada cual, siguiendo sin querer tendencias de aguja imantada, va buscando fin determinado para todo; es decir, su *norte*.

Aquí, el que lo busque, buen tonto será, pues ya sabe la que le espera: catarro seguro; de modo que lo que hay que hacer es huírle.

Los catarros, como las voces de las cantantes, se dividen en dos ramas principales: los hay de cabeza y de pecho; pero no se conoce un solo caso de que, tocado cualquiera de los registros citados, haya podido producirse el *dó*, el *dó célebre* del rey de los tenores, del inolvidable Tamberlick.

En cambio se dá el *si* con suma facilidad: no le *bemol*, precisamente, aunque sí otro que no le faltan bemoles, envuelto en modestísimas modulaciones, que, si no son del todo armoniosas, no dejan de producir su efecto.

Al menos en quien los dá.

Y, si no, que lo nieguen los que estornudan.

TOKI

Suscribase a "EXCELSIOR"

LA REVISTA DE LOS ARISTOCRATAS

Y

LA MAS ARISTOCRATICA DE LAS REVISTAS